

hay una equivalencia exacta, pues de esa guitarra no se está predicando que sea *media, común, regular, no extraordinaria*, sino que, al oponerla a “la guitarra fina de concierto”, se pretende decir de ella que es de ‘baja calidad, barata’. En el registro más coloquial se cuenta con el adjetivo *chafa* que, referido a cosas, resulta casi sinónimo de *corriente*.

Es probable que el vocablo *corriente* también se emplee, con el sentido ‘de baja calidad’, en el español europeo. Lo que sí puede asegurarse es que en México resulta ésa la acepción predominante. Asimismo, cuando en México se dice que una persona es *corriente*, no se quiere señalar precisamente que su trato sea “llano y familiar” (acepción (3) del Diccionario), sino que se trata de alguien poco educado y de hábitos vulgares. Según parece, con esa acepción no se emplea en España. Convendría de cualquier forma que, así sea al menos como mexicanismos, se añadieran estas dos acepciones al artículo del Diccionario. ~

## La Verdad existe

Jorge E. Traslosheros

~

Javier Sicilia,

*La confesión.*

*El diario de Esteban Martorus,*  
México, Jus, 2008.

Javier Sicilia ha publicado en fecha reciente *La confesión. El diario de Esteban Martorus*, bajo el sello de la editorial Jus. De antemano, debo confesar que no puedo ser objetivo con el autor, si bien procuraré serlo con la novela. Conozco a Javier en persona desde hace poco, aunque he sido constante lector de su poesía y narra-

tiva. Siento amistad y empatía por él. No comparto algunas de sus opiniones políticas; sin embargo, nos hermanamos en el espacio común de la pasión por Cristo, por la Iglesia, por el ser humano y, como frente a Dios las diferencias de opinión y posición son apenas una anécdota, el hecho carece de importancia. Nuestra verdadera diferencia radica en que él ve los detalles de la vida con la mirada del poeta que puede meterse entre los pliegues de nuestra humanidad y ver en ella a Dios. Yo tan sólo me asomo, y a veces me asombro, como lo haría cualquier carretonero. Una mirada cortada a machete.

*La confesión* aborda un tema rechazado por lo más granado de nuestros posmodernos filósofos e intelectuales debido a su incorrección política. Trata de la existencia de la Verdad, así con mayúscula, sin concesiones, sin glosa, desnuda, sin adjetivos. La arquitectura de la novela gira en torno a la certeza de que la Verdad existe y de que se hace evidente, por oposición, en la presencia del mal que sin colores ni justificaciones muestra toda su brutalidad cuando se ensaña contra el inocente. Un mal del cual somos responsables y una Verdad cuyo principal componente es el amor que todo lo purifica; si bien primero duele, después consuela y libera. La novela de Sicilia acaba por ser un libro políticamente incorrecto, contracultural sin duda, porque también habla del pecado y de la redención que sólo puede alcanzarse por un acto de valentía y renuncia de uno mismo que llamamos confesión, un acto de reconocimiento que nos conduce al encuentro con los otros y con Dios, el totalmente otro. Estamos, pues, ante una obra de arte que se inserta en los temas preferidos de los escritores católicos, por igual romanos que ortodoxos. Javier Sicilia pertenece al linaje de Graham Greene,

León Tolstoi, Fiódor Dostoievski y Michael O'Brian. Y por favor, que a nadie le entre el malinchismo.

La historia se nos presenta en la forma del diario del cura de una parroquia en proceso de ser tragada por la gran urbe de Cuernavaca. Un hombre que, por su ineptitud administrativa y corto talento, ha pasado su vida en un confesionario tratando todos los días con la miseria humana y observando la gracia de Dios que la redime. Su labor le ha ganado el apodo de “el confesor de los pobres” (¿y qué pecador no es en esencia un pobre, pregunto yo, así sea un pobre diablo?). El presbítero Esteban Martorus lleva el nombre del martirio, es decir, del testigo de la fe. Es un buen sacerdote, sin grandes méritos intelectuales, pecador del común que cae y se levanta, que ama profundamente a Cristo y a la Iglesia en la que aprecia, por sobre todas las cosas, el cuerpo místico de Cristo. Esteban Martorus es un párroco de pueblo, de cualquier pueblo mexicano, en el cual se aprecia cierta familiaridad con el santo Cura de Ars —el sencillo, ignorante y célebre confesor francés— al tiempo de ser un aspirante serio a convertirse en un viejo sabio, en un *starets* ruso de los que habitan las novelas de Dostoievski. La personalidad mística y dolida de Martorus se completa con una simple monja —personaje poco popular hoy en día— jorobada y cargada de años que se convierte en sus ojos, en su puerta a la redención, al encuentro con Dios que ocurre al final de la novela.

Estamos ante una pieza narrativa llena de humanidad, con ángeles que sufren indecible violencia sin perder la pureza, mujeres abandonadas y redimidas, obispos cuyo amor a la Iglesia se presenta envuelto en confusiones, bajo el velo del temor y, en contrapunto, una mujer puritana y un hombre poderoso. Dos momentos de tensión

